

Gaza y Cisjordania y la fuente de problemas recientes en Palestina

Daoud Kuttab

Fundador de la primera radio en Internet del mundo árabe, AmmanNet
Profesor visitante de periodismo en la Universidad de Princeton

Mi colega Ayman Bardawil, que nació y creció en el sur de la franja de Gaza, en la ciudad de Rafah, ha vivido en Ramallah desde que estudió en la Universidad Birzeit, donde se licenció en ingeniería civil. En los últimos diez años, Ayman, que ha trabajado en televisión, concretamente en animación, ha visitado a sus padres, a la familia sus hermanos y a sus amigos en menos ocasiones de las que podría contar con los dedos de sus artísticas manos. Los israelíes rechazaron con frecuencia sus solicitudes para visitar Gaza «*porque no hay ninguna razón humanitaria convincente*», según le comunicó un funcionario israelí. Posteriormente, en el verano de 2006, su padre se encontraba en estado terminal y Ayman obtuvo un permiso de los israelíes para ir a visitarle. Al día siguiente de expirar su permiso y regresar a Ramallah, su padre murió y él no pudo viajar. Fue entonces cuando se mudó a Jordania; ahora, en lugar de ser él quien desea visitar a su familia, es su madre la que busca la manera de salir de Gaza.

Cuando en 1948 se fundó Israel, miles de palestinos se dispersaron, principalmente en los territorios cercanos de Cisjordania, Gaza, la ribera este del Jordán, Siria y el Líbano. Jordania anexionó poco después Cisjordania y concedió la ciudadanía a los palestinos (refugiados o no). Gaza, que pronto se vio superpoblada por refugiados, estaba gobernada por Egipto, pero a los palestinos de Gaza se les hizo entrega de documentos de viaje en los que se declaraba que su ciudadanía era indeterminada. El acceso de los palestinos a Egipto era restringido y una gran parte de la fuerza laboral no cualificada de la región dependía de

la Agencia de las Naciones Unidas para los Refugiados de Palestina (UNRWA), que construyó y mantuvo los campos de refugiados locales.

Sin embargo, mientras en Cisjordania la tierra era abundante y había puestos de trabajo que los palestinos podían desempeñar en Cisjordania, la mejora económica de Gaza fue superficial; la tierra y el agua estaban limitadas. Un tercio de su territorio estaba vedado para ceder espacio a apenas mil colonos judíos. Los ingresos de Gaza dependían en gran medida de los trabajadores que se desplazaban a diario a Israel. En un momento dado, más de 150.000 habitantes de Gaza atravesaban a diario el control de Erez para ir a trabajar a Israel y regresar a casa por la noche.

La pobreza de Gaza era un terreno fértil para el activismo político. Al panarabismo le sucedió el nacionalismo palestino y, por último, la militancia islámica. Sheikh Ahmed Yasin, un refugiado parapléjico de la ciudad de Jora (ahora perteneciente a Israel), situada al norte de la franja de Gaza, trabajó discretamente durante algún tiempo para crear un movimiento de base. En general se le permitió continuar con su trabajo inicial porque el ejército israelí quería fomentar una alternativa a la Organización para la Liberación de Palestina (OLP), cuyos miembros oponían una resistencia activa a la ocupación por parte de Israel. Cuando estalló la Intifada, los seguidores de Yasin anunciaron la creación del Movimiento de Resistencia Islámico, más conocido como Hamás por su acrónimo en árabe. Combinaban la llamada a la huelga y ataques militares poco profesionales a colonos judíos con el rapto de soldados israelíes para hacer una fuerte competencia a los grupos de la OLP, predominantemente seculares.

A pesar de que la primera Intifada culminó con el proceso de Oslo y el regreso de los líderes de la OLP, no logró dar una economía real a Gaza. Entonces, ya se podían ver edificios de gran altura y dado que, dentro del acuerdo con Israel, a la Autoridad Palestina se le

había permitido llevar armas cortas, otros grupos, como Hamás, adquirieron sus propias armas, principalmente comprándoselas a soldados israelíes o en el mercado negro de Israel. En ocasiones intercambiaban droga introducida de contrabando en Gaza desde Sinaí por armas y munición. Tiempo después de que los israelíes se retirasen de Gaza, el sistema de túneles llevó directamente armas de Sinaí a Gaza.

En la segunda Intifada palestina, que estalló en 2000, Hamás utilizó las armas que había reunido para atacar a los israelíes y para crear un pequeño protectorado propio. Sin embargo, cuantos más ataques sufría Israel por parte de Hamás y de otros grupos, más tensaban el sitio de Gaza los israelíes. Pocos años después de haber entrado en el siglo XXI, el número de trabajadores de Gaza en Israel se había reducido a unos cientos. Al aumento de la pobreza y el desempleo se unió el incremento de facciones armadas, bandas y señores de la guerra. Con la falta de trabajo, los jóvenes tenían pocas opciones para elegir una ocupación que no fuera unirse a un grupo que les proporcionara armas y dinero por formar parte de tal o cual milicia. Las elecciones de 2006, que llevaron a Hamás al poder, también provocaron un boicot internacional que hizo que de la noche a la mañana los funcionarios dejaran de recibir su sueldo.

El hecho de que Gaza estuviera cerrada física y económicamente significó que sus habitantes no estuvieron expuestos a otras culturas y otras experiencias

Los habitantes de Gaza no podían ir a trabajar a Israel; sin ningún recurso para la viabilidad económica, los palestinos de Gaza quedaron a merced del Estado de Israel, a pesar de que los soldados israelíes hubieran abandonado las calles de Gaza y los callejones de sus sórdidos campos de refugiados. El hecho de que Gaza estuviera cerrada física y económicamente, con la excepción del acceso a la sociedad israelí (concentrado principalmente en la mano de obra barata), significó que sus habitantes no estuvieron expuestos a otras culturas y otras experiencias.

Dado que la mayor parte de los residentes de Gaza eran refugiados (el 70%), es evidente que tenían pocas raíces familiares y sociales. A diferencia de la población de Cisjordania (de la que solo un 10% son refugiados), que aún poseía la tierra que trabajaba

duramente y que es en su mayor parte rural, los habitantes de Gaza vivían en ciudades superpobladas en las que tenían más peso las armas que la comunidad. Se enviaban remesas a las familias, pero la mayor parte de la gente joven entendía como única ocupación la posesión de armas, algo que también les confería poder.

Jerusalén, como centro religioso, cultural y económico de Cisjordania, ofrecía un ambiente cosmopolita del que carecía Gaza. Los centros de educación superior como la Universidad Birzeit desempeñaron un importante papel en la apertura cultural. Mi colega Ayman, que estudió en Birzeit y conoció allí a Hania, decidió mudarse oficialmente a Ramallah. No obstante, la mayor parte de los habitantes de Gaza no disfrutaban de semejante privilegio. Una vez sitiada Gaza, se terminó el trabajo en Israel. Las dos facciones militares contrarias dedicaron sus esfuerzos durante una temporada a oponer resistencia a la ocupación israelí, pero cuando Israel se retiró y Gaza no se había abierto a Cisjordania ni a Egipto dio comienzo un retroceso cultural. Personas como los Bardawil, que se habían establecido en Ramallah, se mudaron finalmente a Jordania, donde consiguieron trabajo y un entorno más adecuado para criar a sus hijos.

Mientras tanto, en Gaza, la desesperación y la falta de progreso en el proceso de paz, unidas a que el resto del mundo miraba hacia otro lado ante los palestinos, hicieron que los dos grupos palestinos más importantes llegaran a una terrible guerra civil. La información publicada ahora en *Vanity Fair* apunta a un esfuerzo promovido por los Estados Unidos para que el movimiento secular palestino, Fatah, hiciera caer, incluso a través de la violencia, a los militantes de Hamás, cuyos líderes civiles habían ganado las elecciones parlamentarias en febrero de 2006.

Los asesinatos sin sentido entre palestinos han perjudicado a la causa palestina. Los palestinos de Cisjordania, donde se rumorea que todas las armas y toda la munición disponibles han sido adquiridas por militantes de una u otra facción, se preparan para la dura época que les espera.

Los palestinos no pueden echar la culpa a nadie, excepto a ellos mismos. A pesar del bloqueo al que se ve sometida Gaza desde el punto de vista económico y de los movimientos, poco se puede decir para explicar semejante locura. La manera de ejecutar los intentos de autogobierno deja poco lugar a la esperanza de que se produzcan conversaciones de paz satisfactorias. Para un observador externo resulta fácil plantear a los palestinos que si no pueden apren-

der a administrar el poder con equidad y aplicar el estado de derecho, además de comprender el significado del reparto y la rotación del poder en Gaza, no hay garantías de que puedan hacerlo en los demás Territorios Palestinos.

Mientras la lucha actual es un punto negro en la historia de Palestina, es necesario situar los hechos en un contexto. Los Territorios Palestinos (es decir, Gaza y Cisjordania, incluida Jerusalén) estarían bajo una ocupación militar extranjera, en ocasiones brutal, que violó la legislación internacional al llevar población judía a hogares construidos en tierras palestinas expropiadas. La cuarta Convención de Ginebra prohíbe expresamente a un poder ocupante para llevar a su población a zonas ocupadas.

La manera de ejecutar los intentos de autogobierno deja poco lugar a la esperanza de que se produzcan conversaciones de paz satisfactorias

Desde que los Israelíes abandonaron Gaza, la única frontera abierta para los palestinos que viven allí (más de un millón) ha estado cerrada más días de los que ha estado abierta. Los israelíes afirman que cierran regularmente el punto de Rafah debido a un problema pendiente relacionado con el encarcelamiento de uno de sus soldados. Una vez más, esta acción es un castigo colectivo y viola las leyes internacionales. Además, el injusto bloqueo económico por el que el sistema bancario internacional prohíbe que se transfiera un solo céntimo a cualquier cuenta de la Autoridad Palestina ha conducido a un estado de pobreza y desempleo extremos. Con poca esperanza en el presente o en el futuro, no resulta difícil esperar que el ambiente sea propenso al caos, como lo es actualmente. Los acuerdos de la Meca entre Hamás y Fatah culminaron en un acuerdo por el que el poder legislativo dominante (Hamás) acordó ceder poder para complacer a la comunidad internacional y poner fin al injusto bloqueo económico. Sin embargo, a los tres meses de que se formara el nuevo Gobierno de Unidad Nacional no se había atestiguado ningún avance respecto a dicho bloqueo.

Fuentes de Gaza indican que el principal problema que provocó la ronda de violencia actual fue instigado por algunos de los funcionarios de la línea dura a quie-

nes se pidió que se marcharan para dejar paso al Gobierno de Unidad Nacional. Algunos de estos líderes se preguntan, junto con sus camaradas, qué sentido tiene compartir el poder con Fatah si éste último ha sido incapaz de poner fin al bloqueo económico.

Se podría decir que Hamás no puede culpar a Fatah de que el bloqueo continúe. El Presidente de Palestina, Mahmoud Abbas, ha afirmado en repetidas ocasiones que los compromisos adquiridos por Hamás en Meca no eran suficientes. Se esperaba que continuasen en un tono moderado mediante un acercamiento a las peticiones de la comunidad internacional.

Sean cuales sean los argumentos que esgrima cualquier persona, las imágenes que llegan de Gaza no son agradables para nadie que apoye la causa palestina. Cuando los palestinos conmemoraban el 59º aniversario de la *nakbeh* (catástrofe), el origen del problema de los refugiados palestinos, los periódicos locales de Palestina publicaron titulares de ocho columnas en blanco y rojo en los que calificaban como nueva *nakbeh* lo que está sucediendo en Gaza. Sin embargo, a pesar de que se supone que recordar esos hechos hace que el mundo recuerde el derecho de los refugiados palestinos a regresar a sus tierras y a sus hogares, la nueva *nakbeh* amenaza con hacer que resulte tan difícil lograr el sueño de un Estado palestino independiente en Cisjordania y Gaza como lo está siendo el derecho a regresar.

Un año después de la victoria de Hamás en las elecciones parlamentarias y tras meses de lucha interna, se llegó a un acuerdo en febrero de 2007 en la ciudad sagrada saudí de la Meca. La *sulha* (reconciliación) de la Meca firmada entre los líderes de los dos principales grupos palestinos, Hamás y Fatah, está siendo aclamada como un importante avance político. Sin embargo, el Gobierno de Unidad Nacional palestino creado a raíz de este acuerdo se enfrenta a retos internos y externos de dimensiones extraordinarias. El acuerdo de la Meca debe ir seguido por un esfuerzo por poner fin al bloqueo económico y administrativo de Palestina y conseguir conversaciones de paz serias, cuya finalidad sea acabar con la ocupación a la que se han visto sometidas en los últimos 39 años Cisjordania y la franja de Gaza. El nuevo Gobierno tendría que pagar a sus funcionarios, restaurar la ley y el orden y acabar con la anarquía que ha pasado a ser la norma en los Territorios Palestinos. Son muchas las personas que están convencidas de que la lucha interna en Palestina comenzó en parte como consecuencia del punto muerto político al que se llegó después de que Israel y la comunidad

internacional decidieran aplicar un embargo económico a la Autoridad Palestina. Se dijo que el injusto bloqueo económico, respetado religiosamente por el sistema bancario de todo el mundo (incluidos los bancos árabes e islámicos), se debió al fracaso del nuevo Gobierno palestino al no acatar las tres condiciones impuestas por el Cuarteto. El Cuarteto, formado por los Estados Unidos, las Naciones Unidas, la Unión Europea y Rusia, había pedido al Gobierno dirigido por Hamás que reconociera a Israel, que aceptara los acuerdos que habían firmado previamente la OLP e Israel y que renunciara al terrorismo. Los palestinos se quejaron de que la comunidad internacional les hubiera impuesto injustamente un bloqueo económico porque, sencillamente, no estaba satisfecha con las elecciones libres y justas que se habían celebrado en sus territorios. Las elecciones, supervisadas por observadores internacionales encabezados por el antiguo Presidente de los Estados Unidos, Jimmy Carter, dieron como resultado la indiscutible victoria de los seguidores del movimiento islámico Hamás. El Gobierno creado tras las elecciones de 2006 no había podido pagar a los funcionarios, debido al bloqueo bancario internacional y a la negativa de Israel a transferir a su cuenta millones de dólares procedentes de impuestos recaudados por el poder ocupante en nombre del pueblo palestino. Tras pasar meses sin poder pagar, el Gobierno, encabezado por el líder de Hamás Ismael Haniyeh, tuvo que enfrentarse a un serio reto en septiembre de 2006 cuando los funcionarios se pusieron en huelga para reclamar que se les pagara. Las diferencias entre la presidencia dirigida por Fatah, liderada por Mahmoud Abbas, y el Gobierno islámico llegaron a las calles. Las amenazas del Presidente Abbas de celebrar elecciones para salir del punto muerto no hicieron más que empeorar la situación.

El desempleo seguía aumentando, los ingresos descendían hasta alcanzar cifras históricas y las tensiones internas aumentaban, con lo que el tejido palestino empezó a desintegrarse hasta llegar a la lucha interna entre los palestinos partidarios de Hamás y los que apoyaban a Fatah. Los intentos por reconciliar a los grupos enfrentados se produjeron en Gaza y pasaron después a Egipto, Damasco y, finalmente, en la Meca, donde dieron sus frutos bajo los auspicios del Rey saudí proestadounidense Abdullah, cuyo país ha respaldado financieramente a los palestinos durante décadas.

El reto consiste ahora en encontrar una vía que permita ir más allá del fin de la lucha interna mediante

la creación de un Gobierno de Unidad Nacional. Uno de los primeros desafíos para el nuevo Gobierno es convencer a la comunidad internacional de que respeta los acuerdos previos de Palestina, lo que incluye el reconocimiento mutuo de la OLP e Israel y los acuerdos de Oslo. Al anunciar la aceptación de acuerdos anteriores y apoyar la iniciativa de paz árabe, el nuevo Gobierno debería ser capaz de aportar normalidad económica a la Autoridad Palestina apurada económicamente.

El recién creado Gobierno de Unidad Nacional aún debía hacer frente a otro gran reto. Para que no se repitieran las escenas de asesinatos internos y de destrucción de propiedades se debía aplicar una nueva política de seguridad. Las numerosas milicias, grupos, bandas y personas que poseen y utilizan armas hacen que sean posibles enfrentamientos peligrosos. El nuevo Gobierno de Unidad debería haber insistido en la necesidad de unas fuerzas armadas unidas y únicas. Para poner fin a la anarquía, los responsables de la seguridad palestina tendrán que retirar la protección concedida a personas que poseen armas y que las han utilizado impunemente para herir, matar y destruir propiedades. La ley y el orden deben ser el motor que mueva al Gobierno de Unidad si los líderes palestinos de todas las fracciones quieren que el pesimista público palestino pueda volver a tener fe en ellos.

La nueva *nakbeh* amenaza con hacer que resulte tan difícil el sueño de un Estado palestino independiente en Cisjordania y Gaza

Mientras se firmaba la reconciliación entre los líderes de los principales grupos palestinos (Hamás y Fatah), recién negociada en Arabia Saudí, ésta era aclamada también como el principal avance político al que habían de enfrentarse. El Gobierno de Unidad Nacional creado en virtud de este acuerdo tuvo que hacer frente a problemas de grandes dimensiones. Tras su firma debía producirse un esfuerzo por poner fin al sitio económico y administrativo de Palestina y por mantener conversaciones de paz serias para poner fin a la ocupación a la que se han visto sometidas Cisjordania y la franja de Gaza en los últimos 39 años. En el plano interno, el nuevo Gobierno tendría que pagar a sus funcionarios, restaurar la

ley y el orden y acabar con la anarquía que había pasado a ser la norma en los Territorios Palestinos.

Los palestinos se quejaron de que la comunidad internacional les hubiera impuesto injustamente un bloqueo económico porque, no estaba satisfecha con las elecciones libres y justas que se habían celebrado en sus territorios

La Unidad Nacional no duró demasiado. En junio de 2007, no sólo se habían reactivado las luchas, sino que éstas dieron como resultado la clara victoria militar de las milicias de Hamás. Las fuerzas de seguridad nacional leales al Presidente palestino tuvieron que huir a Egipto y Cisjordania a través de Israel. Hamás declaró su propio Gobierno separatista encabezado por Ismael Haniyeh, número uno de su lista de candidatos al Parlamento. El Presidente Abbas calificó estas acciones como un golpe de Estado y como una revuelta ilegal contra el Gobierno legítimo; desde entonces, ha cortado cualquier vínculo con Hamás y su Gobierno. Mientras Mahmoud Abbas sigue pagando a los funcionarios desde Ramallah, la situación legal y administrativa es muy complicada. El mundo se ha negado a reconocer al Gobierno de Hamás en Gaza; a pesar de ello, Egipto ha mantenido el diálogo con el fin de buscar distintas vías que permitan llegar a una solución con Fatah y a un alto el fuego con Israel mientras ambas partes se intercambian misiles de fabricación casera desde un lado y misiles de helicóptero desde el lado israelí. Los dos últimos años han sido de los más difíciles en la historia moderna de Palestina. Durante años,

el mundo ha envidiado el sólido tejido social de su pueblo, que se mantenía unido a pesar de la ocupación. Con un fuerte sentido de la identidad nacional, los palestinos alardeaban de tener un claro propósito que les mantenía unidos: poner fin a la ocupación por parte de Israel e instaurar un Estado independiente y democrático.

Sin embargo, las luchas internas han dejado una herida profunda entre los palestinos. Si la herida se cura, será necesario realizar un gran esfuerzo para restaurar una economía que funcione, reforzar la seguridad interna y mejorar las relaciones de los palestinos con sus vecinos y con la comunidad internacional. El caso de la familia de Ayman Bardawil es testimonio de la situación. «Algunas veces, cuando la llamo, me pregunta qué hago aquí todavía», cuenta sobre su madre. Poco después de que finalizara el conflicto interno, ella estaba muy preocupada. Aunque la situación parecía tranquila con la ausencia de cualquier partido contra el que pudieran luchar los victoriosos militantes de Hamás, los ruegos de la madre de Ayman para que éste abandone Gaza se han ido haciendo cada vez más intensos. Su hijo es un líder político de Fatah y, aunque puede continuar con su actividad política, la madre no se fía de la tranquilidad de la que disfruta ahora Gaza y está preocupada por el futuro a largo plazo de quienes viven allí. La señora Bardawil no es la única que vive con este temor.

Actualmente, familias como la de los Bardawil, que no pueden emigrar, esperan que el control por parte de un único partido no dure demasiado tiempo. Tienen la esperanza de que cuando el Gobierno multipartidista regrese a Gaza, el Estado de derecho y los principios democráticos auténticos sustituyan al Gobierno de las armas y permitan, por lo tanto, el regreso del verdadero poder a la fuente del poder, el pueblo.